

CARTHAGINENSIA

Revista de Estudios e Investigación
Instituto Teológico de Murcia O.F.M.
ISSN: 0213-4381 e-ISSN: 2605-3012

Volumen XXXVIII
Enero-Junio 2022
Número 73

SUMARIO

ARTÍCULOS

Pedro Riquelme Oliva

La Iglesia de Murcia, reducto de catolicidad en el Sexenio Democrático español (1868-1874)..... 1-32

Gloria Silvana Elías

La persona humana: el aporte de Juan Duns Escoto..... 33-51

Álvaro Pereira Delgado

Aproximación bíblica a la experiencia del miedo..... 53-75

Jon Mentxakatorre Odriozola

Subcreator: antropología lingüística y physis entre Adán y Tolkien..... 77-98

Ludmila B. Maevskaya & Khaisam Muhammad Aga

Development of Ibn Taymiyyah's ideas in the works of Sayyid Qutb (1906-1966)..... 99-110

Martín Carbajo Núñez

Education and Integral Ecology: The Role of Family, Spirituality and University.... 111-128

João Manuel Duque

Catolicismo, Modernidade e Pós-Modernidade..... 129-142

Verónica Murillo Gallegos

Escotismo en Nueva España: ley natural y evangelización..... 143-161

Álvaro Roca Palop

La posibilidad de recuperar la inocencia de todo hombre..... 163-186

Claudio César Calabrese - Fernando Brambila - Eduardo de la Vega Segura - Anthony Torres Hernández

Energía y medio ambiente. Una mirada desde la Encíclica Laudato Si'..... 187-204

Jesús Sánchez-Camacho – José David Urchaga-Litago – Ninfa Watt

Reforma educativa en el tardofranquismo. Una mirada desde el periodismo religioso de la revista Vida Nueva..... 205-221

NOTAS Y COMENTARIOS

Ángel J. Navarro Guareño – Anna de Montserrat Vallè – Eloi Aran Sala - Francesc Xavier Marín Torné - Anna Eva Jarabo Fidalgo

Los lugares de culto como experiencia educativa (I): Fundamentación pedagógica. La Basílica de la Sagrada Familia de Barcelona, un ejemplo paradigmático..... 223-238

DOCUMENTA

Francisco Gómez Ortín

Bio-bibliografía de Miguel Palao Rico..... 239-243

BIBLIOGRAFÍA..... 245-284

LIBROS RECIBIDOS..... 285-286

Martínez Gordo, Jesús, *Entre el Tabor y el Calvario. Una espiritualidad "con carne"*, Ediciones Hoac, Madrid 2021, 244 pp. 21 x 15 cms.

El libro ofrece la reflexión de un teólogo sobre las espiritualidades que han emergido y vienen ganando espacio entre nosotros en estos decenios. En sus páginas el autor deja constancia de los tramos que ha recorrido personalmente con voluntad de comprender y valorar lo que esas "nuevas" vías aportan a la nunca acabada búsqueda espiritual. Y se detiene, muy a conciencia, en rastrear cómo lo que Tabor, Calvario y suprema dignidad del pobre han perdurado en el cristianismo (al que se refiere como *jesu-cristianismo uni-trinitario*, términos cuyo uso justifica en varios momentos). Para ello repasa una historia larga en la que no han faltado voces que redimen momentos de decaimiento y hasta mundanización.

El texto requiere una lectura atenta, porque conecta con trabajos anteriores, como *Ateos y creyentes. Qué decimos cuando decimos Dios* (PPC, Madrid 2019) y, aunque el autor no las haya prodigado, las notas a pie de página suponen un conocimiento de autores de primer rango en la teología y un cuidadoso examen de la historia de las Iglesias, con sus acentos, olvidos y tensiones en lo que se refiere a aquellos temas de fondo. Así ha merecido especial atención el misterio de la identificación de Jesús con los pobres.

El *Prólogo*, escrito por Juan M. Uriarte, Obispo emérito de San Sebastián, avisa del valor de este trabajo que supone entrar en la problemática actual con el bagaje de años de lectura y de reflexión sobre lo medular en la tradición cristiana. En la *Introducción* el autor nos adelanta cómo se sitúa él mismo ante la variedad de espiritualidades y su preocupación por recuperar actualizando la que considera "estrella polar" en el navegar cristiano. Lo hizo ya en alguna declaración anterior reproducida en el portal de Atrio: "Es de sobra conocido- leamos en una intervención reciente- cómo son muchos los "jesu-cristianos" que estamos apostando por recuperar un equilibrio, perdido los últimos decenios, entre el programa de las Bienaventuranzas ("¡Dichosos los pobres porque de ellos es el Reino de los cielos!"); la contemplación y relación con Dios en las transparencias de sus Tabores actuales ("¡qué bien se está aquí!") y el compromiso por desalojar los Calvarios contemporáneos ("¡Dios mío, por qué me has abandonado!")[...] Entiendo que no es posible renunciar a circular entre estos tres "ochomiles". Pretender quedarse quieto en uno (casi siempre, el Tabor) es lo que se podría llamar "autocomplaciente consumismo espiritual", probablemente, una variante de lo que, desde el punto de vista explicativo y teológico, es tipificable como extrapolación o fundamentalismo gnóstico. Pero también quiere decir que es legítimo y saludable tener la residencia espiritual y teológica preferente en uno de estos tres simbólicos montes sin dejar de transitar por los restantes. En la casa del Señor hay muchos caminos espirituales y teológicos. Todos necesarios, pero ninguno el único y definitivo.

Existe, por ello, una gran diversidad y riqueza de teologías y espiritualidades. Así lo evidencia, ciñéndome a la relación entre el Tabor y el Calvario, que unas sean, por ejemplo, más sensibles al gozo del primero que a la fragilidad del segundo, al silencio del sábado santo que al anuncio del domingo de resurrección, al reverso que al anverso. Y que otras, en cambio, estén más atentas a la cercanía compasiva que a la radical alteridad, al amor que al interés, a la intuición que a la razón, a la belleza que a su ocultamiento. Y ambas, a la articulación entre el Jesús histórico "y" el Cristo de la fe o entre el Calvario "y" el Tabor".

Con ese propósito comienza el examen de las espiritualidades que en absoluto se quieren religiosas. Así, en primer término es objeto de reconsideración – y de interrogación pertinente- la “espiritualidad laica” que el filósofo francés André Comte Sponville sostiene sobre la base de una personal y singular experiencia del “Todo” que ha descrito en varias intervenciones. En la renuncia a preguntar y en el “aceptar la realidad sin esperanza” que Comte Sponville postula, Martínez Gordo detecta una renuncia a la razón y una ausencia –un “sin carne” en su expresión– que equivale a postular un todo, un absoluto sin rostro. Ausencia que registrará páginas adelante en otras espiritualidades que hoy ganan audiencia.

Sigue un breve recorrido por las que se interesan o inspiran en la tradición hindú de la No-dualidad, las que proponen adentrarse en el Silencio o alcanzar “el verdadero Fondo”, “la Unidad” o “la Vida”. Son propuestas en las que echa de menos términos como *rostro*, *historia*, *comunidad interpersonal*, e incluso una *compasión* hecha de “amor activo al prójimo, a los enemigos y el encuentro con Dios en el dolor ajeno” (p 62). El análisis, que quiere ser atento y respetuoso, incluye un “diálogo por contrapunteo” que no evita reconocer lo insuficientemente atendido por la propia espiritualidad cristiana, que explicaría en parte la fascinación por esas otras búsquedas.

Como era esperable, un capítulo importante se dedica a recuperar o reconocer lo que en la espiritualidad cristiana implica confesar la unidad sin confusión de Jesús “y” Cristo, y afirmar la comunión “uni-trinitaria” que llegan desde los primeros Concilios. Se anotan los hitos fundamentales de la larga reflexión que registra la historia de la Teología hasta llegar hasta el “reencuentro” con la Iglesia de oriente en tiempos del Vaticano II. Para concluir que, ahora mismo, la aportación cristiana, que articula unidad y pluralidad, misteriosidad del Dios unitrinitario y dignidad absoluta de cada ser humano, sigue siendo fecunda. Revisitarla –advierte– resulta necesario para evaluar las que se proponen como nuevas espiritualidades y para una sincera autocrítica de la propia propuesta cristiana, que reconoce no un Todo impersonal sino al Dios que se transparenta en lo dicho, hecho y acontecido en Jesús de Nazaret (cf p 67).

También merece la atención del autor la tradición oriental (ortodoxa y eslava) que desde los padres griegos concede una primacía al Espíritu Santo en su liturgia, espiritualidad y teología, y que enfatiza la experiencia de Dios por participación, sin por ello descuidar el amor compasivo heredero del primitivo “poner en común”, tantas veces subrayado en las reglas de los monjes.

Si liturgia, adoración e iconos tienen un lugar de honor en esta perspectiva, la unión con Dios es inconcebible sin conversión a los pobres a quienes “el Señor, por su bondad, les prestó su propia persona” como advertía San Gregorio de Nisa en el siglo IV. Martínez Gordo anota que, sin renunciar a su acento en la contemplación y el silencio, al componente “tabórico”, la fe ortodoxa entiende que el amor al prójimo lleva “al conocimiento de la existencia de Dios y de la inmortalidad del alma” (como oímos decir al *staretz* de la gran novela de Dostoievski en un pasaje que aquí se cita). Y añade que la práctica de ese amor efectivo cuenta con testimonios admirables entre creyentes y teólogos también en tiempos recientes... De ahí que concluya: “El énfasis puesto en el Tabor y en el Espíritu explica que tanto el compromiso compasivo como la razón y la verdad estén iluminados por dichas acentuaciones, presentando una indudable singularidad, no siempre perceptible para los occidentales” (p 129).

El capítulo más largo entra a dar cuenta del lugar que “el amor compasivo y comprometido” ha tenido y tiene en la tradición latina-occidental. Grandes nombres de esta tradición pasan por estas páginas, que centran la atención en la “identificación” de Jesús con los

pobres: una identificación “singular y única” que entiende en estos términos: “entre Jesús y los pobres existe una unidad, pero sin confusión (porque es posible diferenciarlos, cuando menos, conceptual o mentalmente). Y a la vez se da una distinción entre ambos pero sin separación porque la vinculación es mucho más fuerte que la diferenciación, cualquiera que sea. De ahí que, además de ser acogidos como los “vicarios de Cristo”, fueran, sobre todo, reconocidos como los “otros Cristos” (p 137).

En esta cuestión central que es la de una espiritualidad “con carne” como debiera ser sin fisuras la occidental - tienen espacio unos cuantos nombres y textos de teólogos y místicos que han sostenido esa identificación de Jesús con los pobres que llega desde el evangelio. El recorrido pasa desde Ignacio de Antioquía, Pedro Crisólogo y las Constituciones Apostólicas a los textos medievales, que incluyen entre los pobres a los cautivos. Y a los renacentistas y barrocos que abogan por la dignidad de los indios primero y, ya en el siglo XVII, recuerdan la prioridad del servicio a pobres e indigentes (S. Vicente de Paúl) y su “eminente dignidad” (Bossuet). Más adelante la esclavitud añade nueva urgencia al mandamiento y surgen los gestos de San Pedro Claver.

Con su repaso atento a los altibajos que la exigencia evangélica experimenta en una larga historia, el autor pone de manifiesto que aquella irrenunciable verdad ha padecido innegables descuidos, aunque haya contado en su defensa con voces y gestos proféticos que siguen sacudiendo la conciencia cristiana y que, recogidas o aludidas brevemente en estas páginas, nos siguen hablando. En tiempos cercanos, el surgir de la teología de la liberación, el concilio Vaticano II, con la declaración de las catacumbas de Domitila (1965), acontecimientos como Aparecida y la actuación de simples creyentes le han devuelto urgencia y claridad. Son – lo muestra la historia- voces que se suman a las que llegan desde lo más genuino del cristianismo. Voces e iniciativas que ayudan a que redescubramos hoy mismo, en “tiempos de noche”, la bienaventuranza de un amor compasivo con destellos de Tabor y sombras de Calvario. Un redescubrimiento al que no es ajena la sincera conversación entre las varias espiritualidades.

Felisa Elizondo Aragón